

ALELUKA

A man with dark skin, wearing a dark suit and a bow tie, is holding a woman with dark skin and curly hair. The woman is wearing an orange dress and looking upwards. The background is a wooden wall.

1 pta

DANIEL L. HAYNES
NINA MAE MAC KINNEY

EDICIONES
BISTAGNE

145

ALELUYA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Paseo de la Paz, 10 bis - Tel. 18871 - BARCELONA

ALELUYA

Maravilla cinematográfica

Argumento y dirección de KING VIDOR

/

Es un film de la famosa marca
Metro - Goldwyn - Mayer

Distribuida por

METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA S. A.

Mallorca, 220

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

REPARTO

<i>Zeke</i>	Daniel L. Haynes
<i>Chick</i>	Nina Mae McKinney
<i>Bala Perdida</i>	William Fountaine
<i>El Pastor</i>	Harry Gray
<i>Mammy</i>	Fanny Belle De Knight
<i>Spunk</i>	Everett McGarrity
<i>Missy Rose</i>	Victoria Spivey
<i>Los muchachos</i>	Johnson: Milton Dickerson, Robert Couch y Walter Tall

ALELUYA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Los grandes campos cotoníferos del Estado de Alabama presentan un bello y animado aspecto durante la época de la recolección.

Por entre las altas plantas del algodón, que enajadas de blancos vellones, mienten un fantástico paisaje nevado, pulula una multitud de negros de ambos sexos que al compás de extrañas canciones de un ritmo pausado y casi primitivo, se dedica a las faenas de la cosecha.

El algodón es la mayor riqueza de Alabama; su cultivo se halla ex-

tendido a todos los rincones de la región, y sus cultivadores son en su mayoría, mejor aun, en su totalidad, gentes de color, pues este Estado es entre todos los de la gran República norteamericana el que mayor contingente de población negra acusa. Tanto es así que puede decirse que Alabama, por los usos, costumbres y religión de sus habitantes de color, completamente extraños a los usos, religiones y costumbres del resto de los habitantes de los Estados Unidos, forma den-

tro de la nación yanqui una segunda nación, por completo ajena a la primera.

Sobre todo en los campos, pero aun en los centros fabriles no radicados en ciudades, se hace en ocasiones difícil hallar algunas personas de la raza blanca. Sólo en las poblaciones de alguna importancia se logra equilibrar el porcentaje de seres de una y otra raza.

Pero en lo que atañe a las plantaciones de algodón, y en general, todos los sectores agrícolas, puede asegurarse son los negros sus únicos moradores.

En una de esas plantaciones cottoníferas, dedicada al cultivo de las tierras de su propiedad, vivía la familia Johnson, integrada por un matrimonio ya anciano, sus cinco hijos, varones todos ellos, y una muchacha que quedó huérfana siendo muy niña y que Mammy Johnson, compadecida de su desdicha, adoptó.

Ignorantes, felices y primitivos, los miembros de esta familia, llegado el tiempo de la recolección, iban almacenando, con la indolencia propia de su raza, los blancos copos esponjosos recién cogidos de la planta, en grandes sacos que luego

porteaban sobre las espaldas hasta su vivienda.

Todos, desde el viejo Johnson, a quien los suyos le nombraban cariñosamente Pappy, hasta el pequeño Col, que cabía bajo una espuerta, se entregaban a la faena desde que amanecía hasta que desaparecía el sol; y entre tanto las canciones, las viejas canciones negras, de ritmo grave y pereoso, iban brotando de sus labios sin interrupción.

Entre todas las voces de este coro familiar, destacaba, potente y bella, la de Zeke, el hijo mayor, un fuerte y simpático mocetón que era el orgullo del matrimonio Johnson por las buenas cualidades morales y materiales que reunía.

Zeke era trabajador como ninguno de los hombres de todos aquellos contornos, y a su actividad e inteligencia debía la pobre hacienda de sus padres la mayor expansión y el relativo esplendor que a la sazón disfrutaba.

Su carácter franco y generoso, y su eterno buen humor, le habían granjeado las simpatías de sus convecinos y de todas aquellas personas que con él tenían algún trato.

Sólo había un ser que fingía mostrar desdén por el muchacho y que

procuraba zaherirle siempre, aunque en el fondo era quien más le quería y quien jamás hubiese tolerado que en su presencia criticasen la persona y las buenas condiciones de Zeke. Este ser era Missy Rose, la joven prolijada por Mammy y Pappy Johnson.

Missy Rose, a pesar de haberse criado como una hermana de Zeke, sentía por éste otro cariño que el fraternal, y como que su cetero instinto de mujer le decía que ella tampoco era indiferente a Zeke, cuando veía que éste, con su habitual buen humor trataba de gastar-le alguna broma inocente, cual si aun la considerase una niña, ella se revolvía arisca y le replicaba desabridamente, sintiéndose despechada. Sin embargo, Zeke jamás se enfadaba con ella, y a pesar de sus desplantes continuaba bromeando hasta conseguir verla furiosa, lo que constituía para él su mayor diversión.

Por regla general, estas escaramuzas entre Zeke y Missy Rose se desarrollaban durante las faenas agrícolas, especialmente cuando se hallaban dedicados a la cosecha del algodón, por ser más largos los ra-

tos en que ambos permanecían juntos.

Un día, para poner fin a una de estas situaciones que tanto encoarginaban a la muchacha, Mammy tuvo que intervenir, como casi siempre, reprendiendo amablemente a su hijo con estas palabras:

—Zeke, deja tranquila a Missy Rose.

—¿Y yo qué le hago?—replicó el muchacho riendo—. La trato como a una hermana.

—Es que yo no soy tu hermana, ¿sabes? — exclamó rabiosilla la muchacha—. Así es que no me trates como hermana, que a menos tendría serlo de ti.

—¡Uy, uy, uy, niña!—escandalizóse fingidamente Zeke—. Todo eso cuéntaselo directamente a Mammy, a ver qué le parece.

—¿Y por qué he de contárselo a Mammy y no a ti, vamos a ver?

—Para que se entere bien la vieja de lo cándida que es queriéndote como a una hija, mientras tú reniegas de mi casta—explicó el muchacho acentuando su risa burlona.

Esto irritó a Missy Rose aun más de lo que se hallaba.

—¡Estúpido! — exclamó—. El que se tiene que enterar eres tú de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

que si Mammy me quiere a mí como a una hija, yo la quiero a ella como a una madre. Pero en cambio a ti te detesto para hermano. ¿Has comprendido bien, animal?

—Vamos, vamos—tuvo que mediar de nuevo Mammy, conciliadora, con su bonachona sonrisa maternal en los abultados labios—. Dejad de pelearos y daos prisa, a ver si hoy podemos terminar la recolección y mañana venderla, que buena falta nos hace.

Los dos jóvenes cesaron en su altercado y continuaron su trabajo. Zeke cantaba alegremente.

De pronto se interrumpió para encararse con su madre y preguntarle:

—Mammy, ¿qué quieres que te traiga de la ciudad cuando vaya a vender el algodón?

Mammy levantó la cabeza y fijó la vista en un punto cualquiera, en tanto trataba de hacer memoria.

—Verás—dijo por fin, y empezó a enumerar los encargos ayudándose con los dedos—: Traerás una camisa para Pappy...

—¿Hombre! Muy bien pensado—exclamó Pappy—. Precisamente mi camisa de los días feriados está ya un poco deshilachada, la pobre.

—Cállate y déjame contar—le interrumpió la esposa, que prosiguió su enumeración—. También traerás unos pantalones para Spunk.

El nombrado, que era el segundo hijo del matrimonio Johnson, un muchacho de unos diecisiete años, aprobó con una sonrisa el regalo, que le permitiría presumir ante las mocitas de las cercanas plantaciones.

—Una navaja de bolsillo para Sears—siguió Mammy.

Sears, que apenas contaría doce años, se pavoneó orgulloso de saber que en breve tendría aquella soñada arma inofensiva, cuya posesión creía le extendía ejecutoria de hombre.

—...una gorra para Roebuck, y una corneta para Col—concluyó la buena mujer, con gran satisfacción de los dos pequeños.

—No has pedido nada para ti, Mammy—advirtió Zeke.

—¿Bah!—excusóse ella.

—Te traeré... ¿Qué te traería yo—siguió Zeke—que fuera de tu agrado?

Y, tras un minuto de cavilar, exclamó con aire de triunfo:

—¡Ah! Ya sé. Te traeré un som-

brero grande de paja, con muchas plumas, ¿qué te parece?

Su madre le sonrió, agradecida y halagada. Un sombrero lleno de plumas había sido siempre su ilusión.

—A Missy Rose—prosiguió todavía el joven—le traeré un vestido...

Y como queriendo darle dentera a la chica:

—¡Pero no será el vestido de novia!—concluyó.

—¿Y para qué lo quiero yo?—exclamó ella despectivamente, poniéndose en jarras—. No he pensado nunca casarme contigo.

—¡Ah! ¿no? ¿Pues entonces para qué te imaginas tú que Mammy te adoptó... sino para casarte conmigo, mocosa?

Mammy se vió precisada otra vez a terciar como pacificadora en la nascente disputa.

—Bueno, no discutáis más—dijo, y para apaciguar los ánimos creyó prudente proclamar—: ¡Hoy tenemos pollo para comer!

Mágicas palabras. Zeke y Missy Rose cortaron su altercado para quedarse mirando a la bonachona mujer con tal estupor, que parecía contemplasen a un habitante de otro planeta que hubiese extraviado el camino y por equivocación hubiera llegado a la Tierra.

—¿Pollo? — preguntó Pappy asombrado—. ¿Qué santo se ha descolgado, vieja, para que tengamos pollo en la mesa?

—Es para festejar el buen término de la recolección del algodón—aclaró Mammy.

Y como el crepúsculo vespertino tocara a su fin, todos ellos cargaron con los últimos sacos y marcharon en dirección a la casa, contentos ante la perspectiva de la suculenta cena que les esperaba.

* * *

La fe religiosa hallábase muy arraigada en cada uno de los miembros de la familia Johnson, hasta el extremo que el padre, el buen Pappy, en los ratos que le dejaba libre la explotación de su pequeña plantación, oficiaba de sacerdote de su culto.

Antes de cada colación, el viejo Johnson, imitado por los suyos, elevaba al Cielo su agradecimiento con sencillas frases y oraciones.

—Por los bienes que nos das cada día, te damos las gracias, Señor. ¡Amén!

Y luego, con sano y santo apetito arremetían contra las viandas hasta no dejar rastro de ellas.

Cuando el tiempo era bueno, en las noches de primavera y verano, cenaban a la puerta de la casa, bajo la fronda de un árbol y alumbrados por un mortecino farol de petróleo.

Aquella era una de dichas noches.

La bonanza del tiempo y lo extraordinario de la cena habían puesto una buena dosis de alegría en

los corazones de todos aquellos seres.

Al terminar de cenar presentóse en la puerta de la empalizada que rodeaba la vivienda, un joven negro que traía bajo el brazo algo así como una sartén, el cual solicitó permiso para entrar.

—¡Hombre! Aquí está Bola de Nieve con su banjo—exclamaron todos.

El llamado Bola de Nieve, que del color de ésta no tenía más que los dientes, entró y saludó a los circunstantes.

Los chicos le pidieron tocarse alguna cosa en el banjo.

Bola de Nieve no se hizo rogar, y empezó a rasguear su instrumento. Los muchachos a la vez comenzaron a bailar y Missy Rose a cantar.

Cuando mayor era el entusiasmo, el perro guardián de los Johnson prorrumpió en furiosos ladridos, que llamaron la atención de los reunidos, los cuales vieron, no sin temor, cómo por la empalizada se descolgaban unas sombras misteriosas en número bastante crecido.

Ante la perspectiva de que pudieran ser ladrones, la familia Johnson y Bola de Nieve corrieron

a refugiarse en la vivienda, para hacerse fuertes en ella; pero no bien hubieron cerrado la puerta, oyeron una voz que en tono amistoso gritaba:

—¡Eh, Pastor! Que somos gente de paz y venimos a solicitar sus servicios.

Por si se trataba de una añagaza, el viejo Johnson entrecabrió con lentitud la puerta y asomó por ella las narices.

Y vió que, en efecto, se trataba de una inofensiva aunque bastante numerosa familia, compuesta por el padre, la madre y sus once vástagos, el mayor de los cuales no tendría doce años todavía.

La mujer venía puesta de punta en blanco. Llevaba una falda de volantes que le llegaba hasta los pies, una blusa azul celeste con lunares blancos y puños de encaje negro; el azul jugaba desastrosamente con el color negro carbón de su rostro. Sobre la coronilla, un minúsculo sombrerito blanco de encaje con bridas que colgábanle por la espalda, remataba tan elegante y acertada combinación.

El hombre sonreía con plena satisfacción, orgulloso quizá de llevar del brazo tan lindo figurín.

Pappy Johnson les contempló un momento, asombrado, y luego preguntóles:

—¿Qué venía a hacer aquí a estas horas, Adán y Eva?

—Verá usted, señor cura—habló el hombre—. Se nos ha ocurrido que podríamos casarnos...

La familia Johnson, que había salido de su refugio, asistía silenciosa a esta escena.

—¿Casaros?—preguntó el pastor.

—Sí, padre—respondió el hombre.

—Bien, bien; pero... ¿esos once chiquillos no son vuestros?

Adán se pavoneó con orgullo y respondió:

—Sí, padre; por eso precisamente creemos que ya podemos dar a nuestra unión carácter permanente, ¿no le parece a usted?

El viejo Johnson se encogió filosóficamente de hombros y dijo:

—Sí, hijo, sí. ¡Más vale tarde que nunca!

Luego ordenó a Missy Rose que tocara el destartelado piano que había en la casa mientras se celebraba la ceremonia, y él fué a colocarse la levita para hallarse más en carácter.

Entretanto Pappy ejercía su sagrado ministerio, Zeke, atraído por las notas del piano de Missy Rose, fué de puntillas adonde ésta se hallaba, con ánimo de darle una sorpresa.

Missy Rose, sentada al piano, recibía de lleno la luz de la luna, que entraba por la abierta ventana. Zeke la estuvo contemplando un largo rato, sin ser advertido por ella.

El aire de la noche, suave y cálido, impregnado del sensual aroma de las flores del minúsculo jardín que rodeaba la casa, parecía comunicar una extraña voluptuosidad a los seres humanos.

Y así Zeke sintió que una fuerza más poderosa que su voluntad le impulsaba hacia Missy Rose e hizo que sus labios buscasen los de la muchacha y se fundieran con ellos en un beso ávido, mientras sus brazos le atenazaban fuertemente la cintura.

Vanamente pugnaba ella por desasirse de aquellas garras de hierro. Con rabia golpeaba el pecho de Zeke, y cuando al fin pudo hurtar su boca de la boca voraz de él, exclamó, los ojos desorbitados por el espanto y la sorpresa:

—¡Zeke, Zeke, por favor! ¿Te has vuelto loco?

Fueron estas palabras para Zeke como el despertar de un sueño turbulento. Y aterrorizado, como si acabase de cometer un crimen imperdonable, se apartó de Missy Rose, a la que miró como idiotizado. Luego se pasó la mano por la frente, como queriendo desechar del pensamiento su mala tentación. La superstición innata en los seres de su raza le hizo atribuir lo realizado a la intervención de lo sobrenatural. Y como Missy Rose quisiera apartarse de su lado, él, profundamente apenado, la contuvo y la dijo:

—¡Oh, Missy Rose! Me tienes

que perdonar. Yo no sabía lo que me hacía; parecía como si el diablo se hubiese apoderado de mi cuerpo.

Era tan sincero su arrepentimiento, que Missy Rose no vaciló en otorgarle su perdón.

—Está bien, Zeke—le dijo—. Ya veo que no ha sido culpa tuya, que no has sido tú mismo. Te perdono.

Entretanto afuera, terminada la ceremonia de la boda, los recién casados bailaban al compás del banjo de Bola de Nieve, en medio del corro que formaba la numerosa prole con que Dios había tenido a bien obsequiar anticipadamente a aquel matrimonio feliz.

* * *

Apenas despuntó el día, Zeke y Spunk partieron hacia la ciudad, llevando el carro—de enorme cabida—repleto del algodón recolectado.

Al marchar, Pappy les dió su bendición e imploró del Altísimo ayuda para conseguir un buen precio por la venta de la mercancía.

La ciudad hallábase lejana y el trayecto que habían de recorrer los dos hermanos era monótono. Los campos de algodón limitaban por ambos lados la carretera en una extensión de muchas millas, ofrecien-

do a la vista una perspectiva plana, insulsa. Para hacer más llevadero el camino, los dos hermanos cantaban, cantaban sin interrupción.

Ya muy avanzada la mañana, llegaron a la factoría en la que habían de vender la carga. La tal factoría alzábase junto al río y grandes barcos de navegación fluvial se encargaban de transportar a los centros fabriles toda la mercancía que aquélla iba acumulando.

Una larga hilera de carros esperaba a la puerta del establecimiento para ser descargados, y el de

los hermanos Johason hubo asimismo de aguardar turno.

La descarga efectuábase rápida. El vehículo colocábase bajo una manga de aire que en pocos minutos absorbíale todo el blanco y leve contenido.

Una vez estuvieron libres de esta operación, Zeke dijo a su hermano:

—Spunk, vete junto al río y espérame allí, mientras yo voy a cobrar el algodón y a comprar los regalos para la familia.

—Está bien—respondió Spunk; —pero procura no tardar, que ya sabes que Mammy se impacienta y pasa pena por nosotros si no estamos en casa en las primeras horas de la noche.

—Descuida. En seguida estaré listo—advirtió Zeke.

Spunk hizo restallar el látigo, y los caballos emprendieron la marcha despaciosamente. Entretanto, Zeke penetraba en la factoría, a hacer efectivo el importe de la carga.

* * *

Salió muy ufano de la administración, recontando los billetes que acababan de entregarle, los cuales guardóse luego en el bolsillo del pantalón y se dispuso a cumplir los encargos que habíale hecho su madre. En su imaginación se dibujaba el vestido que iba a adquirir para Missy Rose. ¡Menudo vestido iba a ser! Todo él lleno de adornos y encajes y de un color llamativo.

Al pasar por el muelle del río, le llamó la atención un grupo de gente que alborotaba ruidosamente

con sus gritos y exclamaciones de entusiasmo. Entre el tumulto de voces percibiase de cuando en cuando la de una mujer que cantaba canciones de ritmo ligero y picaresca letra.

El muchacho acercóse al grupo, intrigado, y trabajosamente pudo abrirse paso hasta descubrir la causa que motivaba aquel hacinamiento de personas que tan ruidosamente expresaban su regocijo.

Y vió en el centro de un corro de admiradores a una muchacha gentilísima, que agitaba su flexible cuer-

po en una danza de locas contorsiones, a la par que cantaba aquellas canciones intencionadas.

Era la joven de una extraordinaria hermosura. Sus grandes ojos negros se cobijaban bajo los arcos finos y bien trazados de las cejas. Todas sus facciones tenían una delicadeza de la que generalmente carecen las de las mujeres de su raza, y aunque sus labios eran un poco abultados, tenían, sin embargo, un atractivo sensual irresistible.

El color de su piel era de un tono más claro que la de aquellos que la rodeaban; una piel satinada que tenía calidades de bronce.

Toda ella, al moverse sinuosamente, parecía emanar un effluvio de voluptuosidad que enloquecía a los que la contemplaban.

Zeke no supo disimular su admiración, que expresó llevándose una mano tras la oreja y clavando en aquel cuerpo ondulante su mirada desorbitada.

El distinguido público que rodeaba a la bailarina, lo componían en su totalidad cargadores y gentes de los muelles, que disfrutaban con alegría del gratuito espectáculo.

Zeke, fascinado con la belleza de

aquella mujercita, se fué acercando a ella y le susurró al oído:

—¡Oh, qué cuerpecito más lindo!

Ella hizo un respingo y le volvió la espalda despreciativamente.

Pero Zeke no quiso ver el desaire, e insistió:

—¡Vamos, hermanita, que tú eres precisamente la mujer que yo estaba esperando!

La joven se volvió, con los brazos en jarras y se puso a observar con impertinencia la astrosa facha que presentaba Zeke. Luego soltó una carcajada y exclamó, dándole un empujón:

—¡Quita de ahí, acémila! ¡Tú no tienes bastante plata para mí!

—¡Sí, eh?—dijo él—. Pon los ojos en ésto, y ya veremos si me llamas acémila otra vez.

Y sacando del bolsillo el puñado de billetes que había percibido por la venta del algodón, se los pasó por delante de los ojos de ella.

Ver la muchacha los billetes y dulcificarse su actitud, fué todo cosa de un instante.

—Te lo he dicho en broma, muchacho—dijo, y tomándole por un brazo, añadió—: Me parece que tú y yo vamos a ser muy buenos amigos. ¿Quieres venir conmigo?

—Yo voy donde tú quieras, hermanita—respondió Zeke, que creía ver el cielo en la tentadora sonrisa de aquella boca sensual.

Le condujo ella hacia un cafetín cercano.

Por el camino, Zeke le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Chick, ¿y tú?

—Zeke.

Entraron en el cafetúcho.

Una densa niebla de humo de tabaco enrarecía el ambiente, y en ella se esfumaban los rostros de la concurrencia.

Bailaban algunas parejas al compás de una mala orquesta.

Al ver a Chick, algunos parroquianos la aclamaron y pidiéronla cantase algo. Ella no se hizo rogar, y situándose en medio del salón, comenzó una de sus picarescas canciones que subrayaba con los lascivos movimientos de su cuerpo.

Al terminar, preguntó a Zeke:

—¿Te gusta?

Y él, devorándola con la mirada, respondió:

—Todas las cosas que tú haces me gustan a mí, hermanita.

Después acercó su boca al oído de ella:

—Dime, Chick, ¿no vas a querme siquiera un poquito?

Chick reclinó su cabecita sobre un hombro de Zeke y dijo:

—Eres el hombre más tentador que he encontrado en mi vida. Oye, ¿cuánto dinero dices que tienes?

Zeke se pavoneó orgulloso, y afectando displicencia, declaró:

—¡Pse! Poco más o menos, alrededor de unos cien dólares.

—¡Oh!—hizo ella, y quedó un momento meditando.

—¿Qué piensas?—inquirió Zeke.

—Pienso... Dime, ¿no te gustaría tener doscientos dólares en lugar de cien? Entonces podríamos gastar cien en divertirnos tú y yo. ¿No te parece?

—Estupendo, pero... ¿de dónde voy a sacar yo doscientos dólares? ¡Hemos tenido que trabajar seis meses toda la familia para poder obtener estos cien... conque, figúrate!

—¡Bah, eso es sencillísimo, teniendo ya la cantidad que tienes! Mira, ven conmigo y yo te enseñaré cómo se hace dinero. Todo es cuestión de suerte.

El joven se dejó arrastrar por la seductora mujercita. Ya no se acor-

daba de las diligencias que aun había de hacer en la ciudad: aquel pintoresco y deslumbrante vestido que había imaginado para Misy Rose, así como el dulce recuerdo de ésta, habíanse desvanecido en su mente. Tampoco se daba cuenta de

que la tarde iba ya declinando y que su hermano hallaríase impaciente por su tardanza. Su voluntad se hallaba ahora en las manos de Chick y ningún pensamiento que no fuera para ella tenía cabida en su cerebro.

* * *

Chick le llevó hasta un rincón del sórdido establecimiento, en el cual, sobre una mesa, unos hombres jugaban a los dados.

—Mira—le dijo—, ahí está Bala Perdida. Tal vez quiera jugar contigo.

Zeke miró al hombre que le señalaba Chick.

Era un tipo jactancioso y pinturero, que vestía con afectada elegancia una traje a cuadritos menudos blancos y negros y un chaleco de fantasía que cruzábalo una gruesa cadena de oro de parte a parte.

Ladeado sobre la cabeza llevaba un hongo grisperla, y cubriéndole la caña de las botas charoladas unas polainas del mismo color claro.

El tal Bala Perdida tenía todas las trazas del clásico fullero de garlito: fatuo, enjorjado, de repulsivo aspecto. Entre sus dientes bailoteaba un grueso cigarro puro al que su dueño no le había quitado la faja.

Chick aproximóse a él, y tocándole en el hombro, le dijo:

—Oye, tú, Bala Perdida. Este

muchacho querría probar su suerte a los dados.

Bala Perdida consideró con desdén a Zeke.

—¡Bah! no quiero perder el tiempo con miserables algodonereros —dijo, y continuó la partida que tenía empeñada.

Zeke se sintió ofendido, y encarándose con él, le lanzó:

—¡Apostaría algo a que no has tenido nunca tanto dinero como yo tengo ahora! Y si no, a ver qué es esto.

Y le mostró, como antes hiciera con Chick, su pequeño capital.

Bala Perdida miró los billetes.

—No está mal —dijo.

Y Zeke, resentido aún por la duda manifestada por el otro, aun creyó necesario insistir:

—¿Qué quiere decir eso de miserable algodonerero? Suponte que juego veinte dólares a la primera jugada; ¿qué pasa entonces?

—¡Hombre, dispensa! —rectificó Bala Perdida—. A veces, las apariencias engañan.

—Bueno, ¿juegas con él o qué? —inquirió Chick impacientándose.

—¡Pues no faltaba más! —respondió, dándole una chupada al puño el pastinero Bala Perdida.

Chick sonrió, y si Zeke no hubiese estado en aquel momento tan obcecado por la emoción de la próxima partida que le proporcionaría el dinero con que halagar a aquella mujercita cuya posesión codiciaba, hubiese visto que los ojos de ésta hacían una señal de inteligencia a Bala Perdida.

—Bueno, vamos a ver, ¿cuánto juegas? —preguntó Bala Perdida.

—Lo dicho: veinte dólares.

—Está bien.

Bala Perdida empezó a agitar los dados.

—Me da el corazón que vas a ganar, muchacho —expresó Chick a Zeke. Este sonrió halagado.

Y, en efecto, en aquella primera tirada, el joven estanciero ganó.

—¿No te lo dije? —comentó la joven.

—No te muevas de mi lado, que quien me trae la suerte eres tú, ya lo verás.

Nuevamente jugó Zeke y nuevamente volvió a ganar.

Chick le tocó en un brazo, y él volvió hacia la muchacha su rostro.

—¿Por qué no lo juegas todo? —propúsole—. Si ganas otra vez, tendrás ciento sesenta dólares ga-

nados, para divertirnos en grande.

—¿Y si pierdo?—advirtió él.

—¿Qué vas a perder? Tú eres un hombre de suerte. Ya verás.

Fiando en las palabras de Chick como si fuese un oráculo, Zeke se decidió a arriesgar todo su capital. El infeliz no sabía que mientras su seductora compañera le hablaba, su contrincante en el juego habíale dado cambiao a los dados.

—Oye, tú, Bala Perdida—dijo.

—Va todo esto, ¿aceptas?

—Bueno—respondió el otro.

Los dados entrechocaban con alegre sonido al ser agitados por Bala Perdida, quien tenía en sus labios una sonrisita enigmática.

—Ahí van—anunció Bala Perdida.

Y los dados corrieron por el tapete verde.

Zeke los miró con los ojos extrañados y la sangre se le paralizó en las venas. La suerte, esta vez, habíale sido fatalmente adversa.

Bala Perdida recogió apresuradamente los dados y se los guardó en un bolsillo del chaleco. Antes de hacer lo mismo con los billetes de Zeke, se los puso a éste ante los ojos y exclamó con punzante ironía:

—¡Míralos por última vez... y no llores, hermano!

Afectando contrariedad por la mala suerte del muchacho, Chick fingió consolarle, pero él, que consideraba entonces toda la magnitud de la acción que acababa de cometer jugándose aquel dinero que era el sustento de toda su familia, no le hacía caso y sólo sabía exclamar:

—¡Se ha llevado todo mi dinero! ¡Seis meses de duro trabajo en una sola tirada!

—Yo... la verdad, no creí que pasase esto; pensé que ganarias...—mintió con refinada hipocresía la joven, y añadió—: ¡Pero, no te apures, muchacho, que ya te ayudaré yo a ganar más dinero!

De pronto cruzó por la mente de Zeke una sospecha al ver las miradas comunicativas que Bala Perdida le dirigía. ¿Por qué aquellas miradas? ¿No había sido obra del azar su ganancia, y no cosa suya? ¿Entonces a qué jactarse de aquel modo de su victoria?

La sospecha de que su contrincante hubiese ganado por medios no lícitos fué tomando incremento en su cerebro, hasta lanzarle a plantarse frente a aquél y exigirle:

—¡Enseñame los dados con que has tirado la última jugada!

Bala Perdida lo apartó de delante de sí y le recomendó con frío mismo:

—¡No trates de buscarle tres pies al gato! Mis dados ganan sólo... cuando no pierden.

El asunto tomaba mal cariz, y Chick vino a empeorarlo al querer poner paz en el ánimo de Zeke, pues sus palabras iban impregnadas de cruel sarcasmo.

—No lo tomes tan a pecho, muchacho—fué lo que dijo—. ¡Todavía queda mucho algodón en los campos!

—¡Quita de aquí!—exclamó Zeke. Y volviéndose a Bala Perdida, insistió en su petición—: ¡Los dados! ¡Enseñame los dados!

Mas el tabur no tenía ganas de reñir. Era cobarde y la actitud fiera del muchacho le intimidaba. Y creyó lo más conveniente amedrentarle con una baladronada:

—¡Un consejo! — exclamó —. ¡Lárgate cuanto antes, si no quieres que te llene la piel de agujeros!

—¿A mí?

—Sí, a ti.

No pudo decir más Bala Perdida, porque Zeke se le abalanzó con

tal coraje, que le derribó en tierra, cayendo él también, arrastrado por su propio ímpetu.

El revuelo que se produjo en el cafetuebo fué enorme. Las mujeres huían, los hombres gritaban sin decidirse a separar a los contendientes, que luchaban a brazo partido en el suelo.

Bala Perdida llevaba la peor parte, a pesar de que Chick trataba, vanamente, de auxiliarle, cogiendo al enfurecido Zeke por los hombros.

Atraído por el barullo de la pelea, detúvose en el umbral del establecimiento un muchacho, que se quedó contemplando a los que luchaban.

—¡Zeke!—exclamó, al reconocer a éste en uno de los que luchaban.

Era Spunk, que, cansado de esperar inútilmente a su hermano, había dado a buscarlo por todos los rincones del muelle.

Spunk, al ver a su hermano en peligro, se lanzó en su ayuda, pero en aquel momento alguien apagó las luces del establecimiento y sonaron varios tiros de revólver, a los que hizo eco un lamento desgarrador.

Todos los circunstantes huyeron espantados en un instante.

La voz de Zeke dejóse oír en la oscuridad, trémula de inquietud:

—¡Spunk, Spunk!

Un sollozo ahogado le respondió en un extremo del salón. Zeke, presintiendo lo que había ocurrido, fué guiándose en la oscuridad, hasta el sitio del que partía aquel sollozo, y allí, en un rincón, halló a su hermano tendido en tierra, maltrecho por los disparos que acababan de hacer.

—¡Spunk, hermano! ¡Háblame!

Spunk miró a Zeke y de sus ojos brotaron lágrimas y su pecho se convulsionó con grandes sollozos.

—“¡Zeke!... — pudo balbucir — ¡Pobre Mammy, cuando lo sepa! ¡Zeke... me voy a morir... me muero... Zeke!... ¡Pobrecita Mammy!

A Zeke se le arrasaron los ojos en lágrimas. Quiso infundirle valor a su hermano, pero no pudo: una gran congoja atenuzábale la garganta.

—¡Ze... ke!...—musitó Spunk.

Y su cabeza se inclinó sobre su pecho, como una espiga tronchada. Zeke le contempló despavorido. Spunk era ya solamente un cuerpo inerte.

—¡Spunk... háblame, hermano! —clamó desesperadamente.

Pero ya todo era en vano.

* * *

Lentamente emprendió el camino de regreso la enorme carreta.

Las mulas marchaban libremente, sin nadie que las guiase, porque sus conductores yacían en el interior del vehículo: el uno para no levantarse ya más; el otro presa de la más terrible desesperación.

Toda la noche caminó el carro en la oscuridad y el silencio, y al apuntar el alba detúvose a pocos metros de la vivienda de los Johnson.

Zeke no descendió de él. Entregado a su dolor y acusándose a sí

mismo de ser el causante de aquella desdicha, no tenía ánimo para enfrentarse a sus padres y enterarles de lo acaecido.

Mammy no había podido dormir en toda la noche, por la ausencia de sus hijos mayores.

—¡Oh, Señor! ¿Qué les habrá sucedido a mis muchachos? — exclamaba a cada instante, elevando los ojos y su interrogación al Cielo.

Ella fue la primera en darse cuenta de la llegada del carro; pero el viejo Johnson, presintiendo que algo grave habría ocurrido a sus

hijos, la contuvo, y fué él quien se dirigió hacia el vehículo.

Zeke incorporóse al oírle llegar, y al tenerlo ante sí se arrojó en sus brazos exclamando desolado:

—¡Pappy!

La escena que a continuación se desarrolló fué desgarradora.

El viejo Johnson descubrió el cadáver de su hijo, y Zeke, entre sollozos, fué refiriéndole, balbuciente, la horrible tragedia.

Mammy Johnson, al ver de lejos el abatimiento de los dos hombres, corrió apresuradamente adonde éstos se hallaban, seguida por la tropa de sus hijos menores y por Missy Rose.

Y como no viera a Spunk en el grupo de junto a la carreta, inquirió, recelando una desgracia:

—¿Dónde está Spunk? ¿Qué ha sido de nuestro pequeño Spunk?

—¡Oh, Mammy!—gimió Zeke al verla.

La buena mujer prorrumpió en alaridos de dolor al hacerse patente a sus ojos la desdicha presentida, y como un coro de tristeza infinita respondióle el llanto infantil de sus tres hijitos y el de la joven Missy Rose.

.

La velada mortuoria era de un dramatismo enorme.

En la más vasta pieza de la vivienda, tendido sobre un lecho, había colocado el cadáver de Spunk rodeado por los parientes y vecinos de la familia Johnson, sentados en el suelo, con las piernas cruzadas.

Las mortecinas luces de petróleo que alumbraban la estancia proyectaban sombras tétricas y monstruosas sobre las paredes y descubrían rostros en los que retratábase honda angustia.

La imaginación primitiva de los hijos de Cam saluda siempre apatadamente a la muerte, y todas aquellas gentes allí reunidas deshacíanse en contorsiones y gestos epilépticos, o bien entonaban lúgubres cantos funerarios o prorrumpían en estertores de dolor.

De entre esta baraúnda infernal destacábase el penetrante chillido de Mammy.

Como un puñal que claváranle en el corazón era para Zeke este grito de desesperación de su madre, escuchado ya infinitas veces en el transcurso de aquella infausta jornada con la misma dolorosa sensación.

Y llegó un momento que no pu-

no resistirlo más y hubo de abandonar aquella estancia, en la que creía morir poco a poco, y salióse al jardín, en busca de aire libre.

—¡Señor, Dios mío! —clamaba el infeliz atormentado—. ¿Qué ha hecho tu siervo? ¡Oh, Señor, no me atormentes de este modo!

El nuevo día hacía ya rato que había nacido, y el sol caminaba hacia el ocónit, velado de vez en cuando por ligeras nubecillas blancas.

Zeke habíase arrodillado sobre la arena del jardín y elevaba sus plegarias de arrepentimiento al Cielo, golpeándose el pecho rudamente.

—¡Qué miserable soy, Señor! —exclamaba—. Por mi culpa mi hermano ha muerto y mi pecado no tiene perdón. ¡Mía es la culpa, Dios mío, pero yo me hallo sinceramente arrepentido de mi crimen! ¡No me abandones, Señor!

De pronto sintió una mano posársele sobre el hombro. Era su padre, el viejo Johuson, quien al ver la aflicción del muchacho trató de consolarle, diciéndole:

—¡Levántate, hijo mío, y procura sobreponerte a tu dolor!

—¡Oh, padre! —gimió Zeke—. Mi crimen es muy grande. ¡Ayúda-

me tú! ¡Condúceme tú por el camino del arrepentimiento para conseguir el perdón de mis pecados!

El viejo Pappy volvió a prodigarle palabras de consuelo y consiguió hacerle alzar de la tierra.

Y en este mismo instante ocurrió un hecho, nimio en su naturaleza, pero que en aquellas inteligencias rudimentarias, propicias a toda suerte de supersticiones, cobró visos de cosa sobrenatural; y fué que una nube, blanca toda ella y de fantásticas formas que mentían imágenes de seres y de cosas, se interpuso ante el sol y los rayos de éste, al refractar sobre la nitidez de aquella mole de vapor, la aureolaba fantasmagóricamente. Por entre un resquicio de la nube filtrábase un rayo solar que iba a caer sobre la tierra, en dirección hacia donde Zeke se hallaba, fingiendo un sendero de oro pulverizado.

—¡Oh! —exclamó Pappy Johnsson, postrándose de hinojos ante tan prodigioso fenómeno.

Y juntando sus manos en actitud orante, dijo:

—¡Dios es misericordioso y perdona a sus hijos pecadores! ¡Alelu-ya!

Zeke, con el ánimo sobrecogido

por tan maravilloso espectáculo, no acertaba, sin embargo, a comprender las palabras de su padre.

Este siguió:

—¡Loado sea Dios que me permite verlo! En una carroza de nieve y oro viene hacia nosotros el Angel del Señor!

Zeke acercóse, absorto, a su padre, y éste, levantándose trabajosamente, le abrazó con el brazo derecho y con la mano izquierda le señaló la nube luminosa y le dijo:

—¡Oyeme bien, hijo mío! ¡El Angel te ordena que vayas a consolar a los tristes y a predicar la Ley de Dios! Eres el elegido de El y le debes obediencia. El es misericordioso y perdona la muerte de tu hermano a cambio de que prediques su Ley. ¿Me escuchas?

—¡Oh! ¡Que se haga Su voluntad!—exclamó Zeke ardiendo en la misma encendida fe de su padre.

—¡Venid, venid!—gritó el viejo pastor de almas a los que se hallaban dentro de la vivienda—. ¡Venid y contemplad el milagro del Señor!

Atropelladamente salieron todos, dejando sólo el cadáver del infeliz Spunk, y con la misma candorosa superstición de Pappy y su hijo,

alabaron el hecho milagroso con gritos de exacerbado histerismo.

—¡El poder de Dios está en el cielo, en la tierra, en el sol y en las estrellas! ¡Y El, sabio y omnipotente, se ha dignado conceder sus dones al que aquí veis!—proclamó el viejo Johnson.

Y todos respondieron:

—¡Aleluya!

Entonces habló Zeke:

—¡Alabado sea Dios! Por mi culpa, mi hermano yacerá bajo la tierra, pero El ha querido llevarlo al cielo consigo, y desde allí nos envía su bendición. ¡Alabado sea Dios!

El coro solemne de los allí reunidos entonó en aquel momento litúrgicos cantos de júbilo:

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

Nuevamente la palabra del viejo pastor se dejó oír:

—¡Somos pobres pecadores—dijo—, pero hemos encontrado la Fe! ¡Bendita sea la Fe de Dios!

Y, henchido de esa Fe sacrosanta, exclamó:

—¡Hijos del hombre, acercáos al pastor de Dios!

—¡Aleluya! ¡Aleluya!...—dijeron todas las voces.

* * *

Y Zeke, por obra y gracia de la superstición, convirtiéndose en el profeta Ezequiel, predicador de una vieja fe que prendía con nueva fuerza en la mentalidad ingenua de sus fanáticos.

La fama de Zeke se extendió rápidamente por toda la comarca. Era el enviado del Señor, y por escuchar su palabra santa, las gentes recorrían millas y millas, ungidas de fe abrasadora.

La familia Johnson, comprendiendo que todo sacrificio sería poco para servir la causa de su fe, in-

virtió en ella todos sus ahorros, y así Ezequiel podía desplazarse a lejanos lugares a ejercer su misión catequizadora.

El profeta servíase para sus viajes del ferrocarril, viajando en un vagón especial con toda su familia. El gasto era tremendo; menos mal que los fieles correspondían económicamente con largueza al favor que recibían con el verbo pintoresco, ya que no elocuente, del elegido de Dios.

Y así la familia de Ezequiel vivía

ahora con más desahogo y comodidad mayor que cuando se hallaba entregada a la explotación agrícola de su pequeña hacienda.

A su llegada a los pueblos y ciudades era recibido el nuevo profeta con ostentosas manifestaciones de júbilo. La muchedumbre de fieles acudía a la estación a acompañáble en triunfo por las calles, vistiendo Ezequiel larga túnica negra y montado sobre un borriquillo, como Jesús al entrar en Jerusalén.

—El ministro del Señor ha llegado hasta vosotros para conducirlos al Cielo. ¡Seguidme!—eran las palabras que indefectiblemente pronunciaba el profeta a su arribo a cualquier población.

E inmediatamente poníase en marcha la comitiva hasta llegar a alguna explanada de las afueras del pueblo, donde dirigiales la palabra a sus fieles, pues este profeta, al igual que los otros de la antigüedad, predicaba en campo abierto, mas no bajo la fronda tupida de los árboles, sino sobre un tablado, en el que, tras él, sentábase también toda su familia.

Ezequiel ya no era el muchacho jovial de antes. Habíase vuelto taciturno, reconcentrado, no solamen-

te porque la misión que tenía que cumplir en este mundo por designio divino le obligase a demostrar seriedad, sino porque en su corazón llevaba clavada una dolorosa espina difícil de arrancar: el remordimiento.

Zeke quería mucho a su hermano Spunk; tanto, que hubiese dado gustoso su vida por salvar la de él si ello hubiera sido posible; pero... (pero a pesar de todo, no sólo no conseguía odiar a la mujer que había sido la causante indirecta de la muerte de aquél, sino que el dulce recuerdo de ésta vivía perennemente en su memoria y él saboreábalo con delectación embriagadora, que luego tornábasele en amarga desesperación al considerar que él hacía se cómplice de aquel crimen al no aborrecer y maldecir para siempre a Chick.

Missy Rose contemplaba a Zeke con pena al advertir su taciturnidad, y aunque él siempre tratábala afectuosamente, la muchacha sufría creyendo comprender que ya nada significaba para él, que dedicaba toda su vida al engrandecimiento de su fe...

En una de sus peregrinaciones catequísticas, Ezequiel tuvo un emo-

cionante encuentro que vino a enconar más aún el mal que aquejaba su espíritu.

Ezequiel había sido recibido en aquel pueblo con todos los honores que acostumbraban tributarle.

En su humilde borriquillo cabalgaba el profeta, aclamado por la doble hilera de fieles que estacionábase a ambos lados del camino.

Abriéndose trabajosamente paso entre la muchedumbre, una muchacha de ademanes desenvueltos, seguida de un tipo jactancioso, plantóse en medio de la carretera con los brazos en jarras, para presenciar el paso del profeta, en cuyas virtudes no debía creer, por cuanto hacía mofa descarada de cuantos le aguardaban.

Era la joven de una extraña belleza entre los de su raza, y vestía provocativamente, con una elegancia canalla.

Sus carcajadas ruidosas y sus movimientos despreocupados escandalizaban a las buenas gentes allí reunidas.

Su acompañante tenía un aspecto petulante de matón: sombrero gris, un terno irreprochable, ceñida a la cintura la chaqueta, gruesas sortijas en los dedos, grueso bastón en

la diestra y grueso puro "enfajado" entre los dientes.

Cuando Ezequiel—al que le precedía una procesión de niños, en los que el color negro de su rostro resaltaba enormemente con los trajes blancos con que habíanlos vestido sus papás—hallóse a pocos pasos de esta pareja, el hombre miró asombrado al profeta y soltó una interjección.

Luego se echó a reír estrepitosamente y díjole a su compañera:

—¡Fíjate Chisk! ¿No es ése aquel estúpido algodónero al que limpiamos jugando a los dados en Greenville? ¿O es que yo veo visiones?

La joven parpadeó repetidas veces, como si no fuera cosa real lo que veía.

—¡Anda, pues claro que lo es! —exclamó al fin—. ¡Ja, ja! ¿Cómo se le habrá ocurrido meterse a profeta?

Sus detonantes carcajadas atraieron hacia ella la mirada de Ezequiel, y éste vió con doloroso sobresalto a la mujer por quien su conciencia no sosegaba un instante, que le hacía víctima de un cruel escarnio. Y humildemente bajó los ojos al suelo.

Al ver su resignación, los otros arrojaron en sus burlas.

—¡Fíjate, Bala Perdida, cómo se ruboriza el inocente! — exclamó Chick; y haciendo bocina de sus manos, gritó a Zeke: — ¡Eh, tú, santurrón! ¿Te acuerdas todavía de jugar a los dados?

Y Bala Perdida voceó estentóreamente:

—¡Esto es el mundo al revés! Deberías llevar tú el burro en lugar de que él te llevase a ti. ¡Ja, ja!

La familia de Zeke seguía a éste en un gran coche descubierto, y Mammy, emperifollada como un caballo de carroza fúnebre, al escuchar este insulto, anatematizó al matón con estas palabras:

—¡Cállate, pecador, y vuélvete al sitio inmundo de donde bayas salido!

—¡Que se calle la vieja arpía! — chilló Bala Perdida, haciéndole una mueca de desprecio a Mammy.

Y volviéndose a encarar con Ezequiel, le preguntó con irreverente sorna:

—Dime: ¿cómo el Señor ha elegido a un pobre diablo como tú para Ministro? Debéis ser tal para cual.

Zeke no pudo soportar la burla

sacrilega, y apeándose de su modesta cabalgadura, se dirigió despaciosamente hacia el blasfemo, los ojos inyectados en sangre, encajadas las mandíbulas, crispados los puños...

Tan fiera era su actitud, que Bala Perdida sintió un invencible espanto y quiso retroceder para buscar la huida; mas la gente acumulada a su espalda se lo impidió, y en seguida notó sobre su cuello las manos crispadas como garras de Ezequiel, que apretaban, apretaban, mientras la voz airada del profeta exclamaba, huida, como un silbido:

—¡Os podéis burlar de mí, pero no os burlaréis del Señor delante de Ezequiel!

—¡Perdón! — gimió angustiosamente Bala Perdida.

—¡Canalla, suéltale! — chilló Chick.

Y fué necesaria la intervención de los que rodeábanles, para que Zeke abandonase su presa.

Bala Perdida, en cuanto le fué posible, huyó velozmente.

Entonces Zeke cogió por la muñeca a Chick y la miró fijamente a los ojos, mas ella no pudo sostener esta mirada y bajó los suyos. Entretanto, Zeke le anunciaba solemnemente:



Zeke, el hijo mayor.



Ernie Spunk el segundo hijo.



— ¡Es que yo no soy tu hermana! ¿sabes?



— ¡Es tu, más vale tarde...!



—Me dices que puedes, Missy Rose!



Y vió a una muchacha gentilísima.



—¿Qué le habrá sucedido?



Zehs era recibido triunfalmente.



La doble fila de conversion...



—[Ezequiel no te abandonará nunca]



— ¡Míame, Dale Perdida!



Centrándose áticamente el sustento.



—EII



—Y'a un te vas, Zekel...



Y pagó con la suya las vidas de Chóch y de Spent.



—Tenemos pollo para comer!...

—Un día te arrepentirás de tus pecados. ¡Y ese día está próximo, hermana!

Ella hizo un gesto de fastidio y exclamó, forcejeando con él para librarse de su garra:

—¡Suéltame! ¡Me estás lastimando!

Ezequiel la dejó libre y la alejó de un empujón, diciéndole:

—¡El Señor no tiene interés por gentes de vuestra calaña! ¡Condenaos si queréis!

Y se dispuso a continuar su camino, montando de nuevo en su pobre borriquito.



¿Era el deseo de escarnecerle nuevamente lo que llevábala allí? ¿Estaba ella segura de que lo que perseguía era infligir una nueva burla a Ezequiel al acudir al lugar en que ésta celebraba su predicación? No sabía Chick responderse a sí misma. Sólo sabía que al ser atenazado el día anterior su brazo por la férrea mano de Zeke, y sentir en sus ojos la fiera mirada de los de él, experimentó algo muy raro y nunca sentido que era a la vez como un ramalazo de fuego que le recorriera todo su ser y una fragan-

cia nueva y desconocida que se le adentraba en el alma, y que al recordarlo ahora la avergonzaba y la llenaba de coraje, empujándola hacia donde él se hallaba, quizá para desquitarse de su debilidad de entonces haciendo mofa en presencia de Zeke de su doctrina... quizá para adorarlo como al enviado de Dios...

Sentada en el césped de la pradera, como los varios miles de creyentes que esperaban, ávidos, oír la palabra del predicador iluminado por la gracia divina, y confundida entre ellos, vió Chick al profeta su-

bir las gradas del tabladillo en que había de efectuar su peroración.

Sentados en el humilde estrado, tras Zeke, hallábanse, enlutados, todos los miembros de la familia; serias y graves las personas mayores; alegres y bulliciosos los pequeños.

Los fieles entonaron varios salmos antes de que Ezequiel comenzase su sermón.

Luego adelantóse Ezequiel en el estradillo y, como preámbulo de su peroración, exhortó a todos a guardarse del diablo, que acecha a las almas para buscarles su condenación.

Una voz demasiado conocida, por desgracia, para Ezequiel, se elevó de entre la muchedumbre.

—Oyeme, predicador — gritó Chick —: ¡yo no le tengo miedo a tu diablo! ¿Te enteras?

Zeke la miró con profunda tristeza y resumió su interrumpida oración.

Chick sintió una viva indignación al notar la conmiseración y el desprecio que hacía ella sentir Zeke, y de nuevo volvió a interrumpirle para burlarse de él.

—Sigue hablando — exclamó —: pero, ¿a que no eres capaz de hacerme rezar?

—No tienes a Dios, hermana — dijo entonces Ezequiel —. El es bueno y misericordioso, pero no se debe nunca excitar sus iras, porque la justicia del Señor es infalible e inexorable, ya que el que trate de burlarse de El encontrará su justo castigo.

Chick respondió con una estentórea carcajada e hizo varias muecas groseras y burlonas al ministro del Señor.

Un murmullo de desaprobación elevóse a su alrededor y cohibió sus alardes de agresividad y descreimiento.

Entonces Zeke dió comienzo a su sermón.

Al igual que Jesús, valíase Zeke de parábolas para sus predicaciones.

Las parábolas de Zeke no tenían, sin embargo, ningún sabor bíblico. Eran ejemplos y comparaciones de carácter actual, hechas a medida de las inteligencias simples e impresionantes de las gentes que componían su auditorio.

Incapaces de comprender nada que no fuera de un materialismo palpable, aquellos seres primitivos que rodeaban al profeta escuchaban embobados los pintorescos ejemplos

expuestos con una elocuencia ruda, simple.

—Hermanos—decía Ezequiel—, he aquí el lema de mi sermón de hoy: "Arrepentíos, pecadores, antes de que sea demasiado tarde".

Vestía el predicador un vulgar traje de americana, negro: su aspecto nada decía de la sagrada misión que en el mundo tenía que realizar e iba ya realizando.

No obstante, su auditorio miráballo con un hondo respeto, y un silencio sepulcral había en el ambiente, para que ni una sola palabra de él pudiera dejar de ser escuchada.

—Hermanos—prosiguió el profeta—: he aquí que el camino que conduce al infierno se halla al pie de una colina, una colina roja como el fuego que alimenta las entrañas del averno. Allí hay un exprés que conduce a los pecadores dos veces al día hasta la entrada de la morada de Iacifer... Pero tres veces cada vez, los pecadores tienen ocasión de apearse y salvarse para siempre. ¡Venid conmigo, pecadores: dejaos conducir de la mano del Señor!

Para dar más realismo a sus palabras, anudóse un pañuelo al cue-

llo y se encasquetó una gorrilla de las que usan los maquinistas de ferrocarril. Y con la mano izquierda en la cadera y la derecha junto a la boca, a modo de bocina, gritó:

—¡Vamos, al tren!

Y pasó a describir el viaje a la infernal región.

—¡Atención!—dijo—. ¡Oid cómo se pone en marcha el viejo tren de la vida! Inconsciente o deliberadamente habéis tomado todos parte en él, sin acordaros ninguno de que no hay ida y vuelta en el viaje al infierno. ¡Insensatos! Y el tren marcha a toda velocidad. Chaca-chá, cha-ca-chá, cha-ca-chá. ¿Veis? Ahora se ha detenido. Esta primera parada es la estación de la Fe. ¡Bajad en esta villa, donde el clima es todavía agradable, todos los que tenéis fe! ¡Daos prisa, porque el tren se detiene poco tiempo!

Los oyentes de más encendida fe, en una interpretación harto realista de las palabras del profeta, corrieron a situarse junto a él.

—¡Bien, hermanos! Vosotros sois los que veis más claramente los inconvenientes de este viaje. Vosotros, los que quedáis, aun tenéis facilidades para arrepentiros. Vamos hacia la próxima estación. Oid cómo

no parte ahora el viejo tren de la estación de la Fe. Su marcha es acelerada. ¡Ah, el demonio ha puesto una ceniza en mi ojo, el muy ladino, pero a pesar de ello no puede hacerme pasar de largo la próxima estación, que es la estación de la Obediencia! ¡Apeaos aquí, hermanos, que el trayecto va siendo cada vez más tenebroso y aburrido!

Como la vez anterior corrieron hacia el tabladillo muchos de los presentes, que engrosaron el número de arrepentidos.

Chick contemplaba la desbandada riendo a carcajadas. Las palabras del predicador no parecían hacer mella en su ánimo.

Entretanto, el grupo en que ella se hallaba habíase ido aclarando en gran manera.

Una mujer de enorme estatura e imponente volumen, a la que acompañaba un hombrecillo insignificante, que parecía hallarse atemorizado a su lado, se apresuró a ponerse bajo el amparo del ministro de Dios al oír sus advertencias, sin cuidarse poco ni mucho de su amedrentado acompañante.

El hombrecillo quedó acoquinado entre el corro de los que resistíanse a poner sus almas a salvo del gran

peligro que les amenazaba al finalizar el viaje. Al ver esto, no sin una sonrisa irónica en sus labios, Zeke gritó a la mujer:

—Hermana, no abandones a tu marido. Hazle apearse en la estación de la Obediencia...

La voluminosa hembra dióse entonces cuenta de su olvido, y rápida como una exhalación fué hacia el hombrecillo, lo agarró por un brazo y lo transportó casi en volandas junto al predicador.

—¿No hay nadie más que quiera quedarse en esta estación? — preguntó Zeke.

—¡Noooo!...—respondió burlona Chick.

Sin embargo, una rara inquietud la desazonaba al ver cómo poco a poco íbase quedando sola.

—Ahora vamos a toda velocidad hacia la última estación—continuó Zeke—. Que Dios tenga piedad de los pecadores! Hemos llegado a la postrera estación de la ruta, que es la del Arrepentimiento. En ella está la última esperanza de salvar el alma. ¡Vamos, hermanos, venid conmigo, no os dejéis condenar! Pensad que una vez en el Infierno, es imposible salir de él.

La desbandada se produjo en el grupo de pecadores reacios.

Sólo quedó, malhumorada y despreciativa, arrodillada en el césped, Chick.

Ezequiel la miró con una compasión infinita. No le guardaba rencor—¡no podía!— por las ofensas del día anterior. Sólo le acongojaba comprender cuánta maldad encerraba en su interior aquel cuerpo tan lindo.

Y emocionado, se propuso convertir a la pecadora.

—Vamos, hermana—la exhortó.—¿No bajarás en la estación del Arrepentimiento? Considera que es tu última esperanza de salvación.

Chick se mordió los labios y separó su vista del profeta.

—¡No me molestes y déjame tranquila!—exclamó.— ¡No quiero sa-

ber nada de cuanto estás diciendo!

Zeke perseveró, con paciente obstinación, en su empeño.

Sus palabras martilleaban incessantemente el cerebro de Chick.

Una violenta crisis nerviosa acometió al fin a la muchacha, que prorrumpió en un llanto histérico.

—Vamos, hermana —dijole entonces Zeke—. Advierte que te lo estoy rogando. ¡No quiero dejarte abandonada en la ruta! ¡Me apena que te condenes!

Un gemido brotó de la garganta de Chick. Con las manos enclavijadas, en actitud de súplica, la joven exclamó:

—¡Espérame, Ezequiel, espérame! ¡No me dejes sola!!

Y con los brazos abiertos, corrió desolada hacia el profeta.

* * *

En la orilla derecha del anchuroso río, junto a un remanso, la larga hilera de conversos que esperaba barrar sus pecados con el agua lustral del bautismo, presentaba un aspecto fantasmagórico. Todos ellos vestían una larga túnica blanca que les cubría desde la garganta a los pies. Parecían blancos fantasmas escapados de una pesadilla.

En la orilla opuesta una gran multitud de creyentes presenciaba la extraña liturgia.

Oficiaba de sacerdote Ezequiel, el profeta.

El y sus acólitos vestían unos sayos negros idénticos a los de los catecúmenos.

Metido en el cauce del río, con el agua hasta la cintura, Ezequiel recibía al neófito, que conducían cogido por los brazos de dos de sus ayudantes, y mientras cantaba litúrgicos salmos lo zambullía totalmente en el agua purificadora.

No era tarea fácil. La trascendencia del acto que realizaban, exacerbaba el histerismo supersticioso de aquellos seres de rara simplicidad mental, quienes prorrumpían en

aullidos y estertores de agonía al experimentar el psíquico placer de saberse limpios de pecado.

Los acólitos del sacerdote habían de realizar verdaderos prodigios de fuerza para contener las convulsiones espasmódicas de cada uno de los recién bautizados.

Eran dos las filas de conversos que esperaban el bautismo. En una se hallaban las mujeres; los hombres en la otra. La gracia espiritual de la ceremonia ibanla recibiendo alternativamente unos y otras.

El oficiante iba canturreando monótonamente:

—De acuerdo con la Ley de Dios yo te bautizo en el nombre del Padre...

E inmediatamente venía el remojón del catecúmeno, que salía chapoteando del agua convulsivamente y dando alaridos de satisfacción por haber expulsado del cuerpo los demonios que le inducían a pecar. Entre esos alaridos distinguíase a veces algún triunfal y litúrgico ¡hosanna! o ¡aleluya!

Tan poderosa era la fe de aquellas gentes, que una vieja negra como el hollín, cuando recibió el agua bautismal, exclamó alborozada:

—¡Alabado sea Dios! ¡Me he ba-

ñado en las aguas del Señor y he quedado tan blanca como la nieve.

Poco después le tocaba el turno a una muchacha que parecía más afectada que ninguna. Sus contorsiones histéricas llamaban la atención de los demás por lo pronunciadas. Adivinábase que en lo hondo de su ser los malos espíritus libraban una cruenta lucha contra su alma, que pugnaba por salvarse.

Era Chick.

Cuando sus ayudantes llevaronla a Ezequiel, éste supo disimular la emoción que le producía ver a la linda pecadora convertida por obra y gracia suya.

Como a los demás conversos, Zeke la cogió por los hombros y la zambulló en el agua purificadora del río.

Un grito estridente se escapó de la garganta de Chick.

Y al salir de entre el agua se agarró convulsa al cuello del sacerdote gritando:

—¡Aleluya! ¡Aleluya!

Vanamente pugnó Ezequiel por librarse de ella. Los brazos de Chick se enzarzaban cada vez con mayor fuerza a su cuello, y sus gritos histéricos aumentaban.

Zeke sufría. ¡Sufría de verse im-

potente para arrojar de su lado a aquella malvada! ¡Sufrió al sentir el calor del cuerpo de Chik, que le comunicaba una dulce voluptuosidad! ¡Sufrió al comprender que aun la amaba y nunca sabría sustraerse al hechizo sensual de su cuerpo!...

La situación era angustiosa y comprometida para él. Chick, afebrada a él en su crisis nerviosa, le desairaba ante sus fieles.

Por ello Zeke no vio otra solución que tomarla en sus brazos y conducirla a una choza cercana donde la tendió sobre un camastro.

Como si despertase de un sueño profundo, Chick abrió sus hermosos ojos, miró a Zeke y le preguntó:

—¿Dónde estoy, Ezequiel, dónde estoy?

—Estás en seguridad, Chik—respondió él, jubiloso—. ¡Salvada en los brazos del Señor.

—¿Ah, Zeke, cómo sufro!

—¿Por qué, Chick? Debes estar contenta. El agua del Señor ha borrado todos tus pecados.

—¡Ah, no, Zeke, no! ¡El viejo diablo no quiere dejarme! ¡Sujétame fuerte, Zeke, sujétame fuerte, que no se me lleve el viejo diablo!

Y Chick rodeó nuevamente con

sus brazos el cuello de Zeke y atrajo hacia la suya la cara de éste.

—Déjame, Chick—le rogó Ezequiel.

—No, Zeke, no me abandones... ¡No me dejes en las garras del diablo!

—¡No temas nada, mujer!—advirtió él—. ¡El demonio no puede nada contra ti mientras permanezcas en los brazos de Ezequiel!

Sentía el profeta palpar bajo su mano la carne ardorosa y sensual de la muchacha, y este contacto, que le electrificaba, iba desmoronando toda su fortaleza espiritual.

La sensualidad dormida en él iba despertando ahora en él hajo el incentivo de aquel contacto sutil.

—¡Apriétame más fuerte, Ezequiel, más fuerte, que tengo mucho miedo!—suplicó ella angustiada.

—No tengas miedo—la tranquilizó él—. Ezequiel no te abandonará nunca.

El cerco voluptuoso que oprimía al profeta se estrechó más, y Zeke sintió en su boca el aliento de Chick.

—¿Zeke!—musitó ella.

—¿Nena!

Sus bocas se hallaban tan próximas, que se encendieron en un beso largo y deliciosísimo...

* * *

Cuando Mammy Johnson, que se hallaba entre los espectadores de la ceremonia, presenci6 la actitud de Chick al salir del ba~o purificador, torci6 el gesto y murmur6 al oido de Missy Rose:

—¡Hum! Me parece que no es el amor de Dios lo que ha hecho que esa pr6xima nos siga. Fijate c6mo se agarra al cnello de Zeke.

Misay Rose, a quien inquietaba la escena que se estaba desarrollando, baj6 la vista al suelo y respondi6 ingenuamente:

—Mammy, si la pobre se ha arre-

pentido de sus pecados, ¿qui6nes somos nosotros para juzgarla?

—¡Hum! — volvi6 a rezongar Mammy—. Las mujeres como esa no se arrepienten asi como asi.

En aquel momento fu6 cuando Ezequiel tom6 en sus brazos a Chick para conducirla a la caba~a.

—¡Mammy! ¡Se la lleva!— exclam6 acongojada Missy Rose.

Mammy solt6 una interjecci6n, y cogi6ndose el vuelo de la emperifollada e imponente falda, ech6 a correr tanto como se lo permitian sus botinas nuevas y su voluminosa per-

sona, en dirección a la choza en que acababa de entrar su hijo, llevando en los brazos el cuerpo delicioso y pecador de Chick.

Los ojos de Mammy Johnson sorprendieron, al entrar ésta en la cabana, una para ella desagradable escena, que revelaba la humana debilidad del pastor de almas, quien no había sabido resistir la tentación de los sentidos y entregábase rendidamente a las voluptuosas caricias de la pecadora.

—¡Ah, perra!—bramó Mammy.—Suelta en seguida a Ezequiel.

El profeta miró aterrado a su madre, y sólo supo exclamar en súplica de perdón:

—¡Mammy!

—¿No te avergüenzas de lo que has hecho? ¿No te remuerde la conciencia de haber dejado a tus feligreses por una mujer inmundada?

—¡Mammy, no la trates así! Chick se halla arrepentida de sus pecados. ¿No ves cómo se retuerce

en ese camastro de tanto como sufre al recordar su vida anterior?

—Conque arrepentida, ¿eh? Anda, Zeke, vele, que ya cuidaré yo de esta loca. Vete con tu gente, que te está esperando.

Con la cabeza baja, Zeke salió de la choza.

Entonces Mammy se acercó a la pecadora, que seguía revolcándose en el lecho, y sacudiéndola por un brazo, le dijo:

—¡Ya sé ahora lo que pasa! ¡Tú no tienes otra religión que la que a ti te conviene, hipócrita! Lo que tú pretendes no es más que engatusar a Zeke, lagartona, pero ya te he visto el juego y no lo conseguirás. ¡Por lo tanto, que no te vuelva yo a ver junto a Zeke, porque mi hijo tiene una misión sagrada en el mundo que yo no he de consentir echas tú a perder con tus lagoterías!

Y salió de allí, magnífica de indignación, haciendo retemblar el pavimento con su imponente humanidad.



Aquel mediodía, mientras preparaban la comida. Mammy comentaba con Missy Rose lo sucedido el día anterior.

—Esa mujer es el primer diablo verdadero que hemos encontrado en este viaje.

—Tal vez, Mammy; pero tiene los ojos más bellos que he visto en mi vida—respondió con su innata bondad Missy Rose.

—¡Valiente cosa! Esos ojos tan lindos, precisamente, son los que ocasionan la condenación de los hombres. ¡Ah, si tú la hubieses vis-

to como yo, fascinando a Zeke como una serpiente a un pajarillo!

—¡Mammy! — suplicó Missy Rose.

Mammy se asustó al ver el gesto de angustia que se marcó en el rostro de la joven.

—¿Qué te pasa, muchacha? Dios mío, ¿qué cara!—exclamó la buena mujer.

—No es nada, Mammy. Un ligero vahído —respondió con leve sonrisa Missy Rose.

—¡Si parecía que la muerte pasaba por tu semblante!

—¡Bah! Ya no tengo nada, Mammy. ¿Verdad que ya pasó?

—¡Ah, picarona!—dijo Mammy, amenazándola cariñosamente con un dedo—. Ya sé yo por qué te ha sucedido eso.

Missy Rose ocultó la cara tras el hombro, ruborizándose.

—Tú quieres a Zeke, ¿no es eso?—inquirió Mammy.

—Siempre le he querido... como a un hermano...—respondió la joven.

—¿Nada más?

—Nada más—declaró Missy Rose y para disimular su turbación, púsose a tragar entre los enseres de la cocina.

—Entonces, ¿por que se te demudó el semblante de esa forma cuando te dije... lo que te dije?

—¡Qué se yo!... Quizó porque adivinaba un peligro para Zeke en esa mujer... ¡Y Zeke es tan bueno!...

—Tienes razón, hija; Zeke es demasiado bueno: es cándido de tan bueno, y esa mujer puede ser un peligro para él. Tenemos que protegerle.

La joven dió un suspiro y salió de la estancia.

Momentos después llegó Zeke hasta su madre.

—¡Hola, Mammy!

—¡Hola, hijo! ¿Qué hay?

—Venía pensando una cosa, Mammy. Pensaba que estaría perdido si no os tuviera a ti y a Missy Rose para mirar por mí.

Mammy miró a su hijo, satisfecha de que éste pensase como ella. Sin embargo, le habló con cierta aspereza.

—Sí, hijo—le dijo—; llevas razón: en los tiempos que corren se necesita una buena mujer para salvar a un hombre, por muy santo que sea.

—Yo creo haber encontrado ya esa mujer—declaró Zeke sonriendo.

—¿Qué dices?—preguntó alarmada Mammy, presumiendo que su hijo se refería a Chick.

—Ya lo verás—respondió él; y marchóse riendo de la cocina.

En el pasillo tropezó Ezequiel con Missy Rose.

—¡Hola, Missy Rose! ¿Dónde vas?—le preguntó a la muchacha.

—Al comedor a preparar la mesa...

—Es temprano todavía.

—No, que luego Pappy se enfada si tardamos en comer.

—¿No quieres venir a conversar conmigo un ratito, Missy Rose? Ha-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

en mucho tiempo que no hablamos como antes, en nuestra plantación.

—Tu ocupación no nos da lugar para ello, Zeke.

—Bien; ¿quieres atenderme un momento? He de decirte cosas importantes. Necesito, además, abrir mi alma a una persona amiga.

Fuéronse al comedor, y allí sentados uno junto al otro, Zeke empezó a hablar a su compañera.

—Missy Rose—le dijo—, yo no soy el mismo hombre de antes; siento como si el demonio se hubiera apoderado de mí y no quisiera dejarme en paz.

—¿Cómo, hermano Ezequiel? — exclamó sorprendida la muchacha.

—Un hombre tan fuerte como tú no va a dejarse vencer por un pobre diablo viejo. ¿verdad?

—Y, sin embargo, así es, hermana. Por momentos siento flaquear mis fuerzas y acabaré fatalmente siendo dominado por él.

—Has de tener entereza, Zeke... Recuerda la misión que el cielo te ha confiado.

—Soy débil a las tentaciones infernales y reconozco mi debilidad.

Zeke hizo una pausa y luego prosiguió:

—La verdad, Missy Rose, es que

no sé qué camino voy a seguir, a menos...

Nuevamente se interrumpió.

—... A menos que nos casáramos tú y yo, Missy Rose.

—¡Oh!—hizo ella, turbada.

—¿Por qué no, Missy Rose? Yo te quiero, te he querido siempre, y siempre ha aleteado en mi cerebro el pensamiento de hacerte mi esposa. Tú también me quieres, ¿verdad, Missy Rose?

Muy hajito, como un suspiro, respondió ella:

—¡Sí!...

Zeke la abrazó con ternura, con entusiasmo.

—¿Pero qué es esto? ¿A qué vienen esos abrazos?—se oyó exclamar a Pappy, que acababa de penetrar en el reducido comedor del vagón.

—¡Missy Rose y yo hemos decidido casarnos. Lo haremos en cuanto lleguemos al pueblo próximo—dijo Zeke alborozado.

—¿Que os vais a casar?—preguntó Pappy con risueño semblante.

—Sí, Pappy—respondió Zeke.

—¡Mammy! ¡Mammy! — vocó el viejo—. Ven en seguida, y vosotros también, muchachos, que hay una noticia importante que comunicar.

Mammy llegó presurosa, seguida de Sears, de Roebuck y de Col, y todos se alegraron estrepitosamente al conocer la buena nueva.

—Celebraremos la boda tan pron-

to lleguemos al pueblo inmediato— repitió Zeke—. Si fuese posible lo efectuaríamos aquí, porque esta noche, acordado, en la fiesta del jubileo.



Chick dábase los últimos toques a su rostro ante el espejo, para marchar a la fiesta del jubileo, cuando en el azogado cristal reflejóse la figura de Bala Perdida, sonriendo socarrón, con el puro entre los dientes.

—¿Qué vienes a hacer tú aquí? —revolvióse ella airada—. ¿No te he dicho que no quiero verte más en mi casa?

—¡Hola, encanto!—dijo él, sin inmutarse—. Vaya un modo de recibir a tu buen amigo Bala Perdida.

—¡Vete de aquí! ¡Vete de aquí

ahora mismo, si no quieres incomodarme!

—¡Ajá! ¡Qué geniecito gasta hoy la niña!—siguió él con su risita sarcástica—. ¿Qué va te has puesto de punta en blanco para oír a ese falso predicador? ¡Pues no creas que vas a ir!

—¿Quién me lo va a impedir?—preguntó ella, retadora.

—Yo, hermanita. Tu Bala Perdida—respondió el jaque ciñéndola con sus brazos.

—¡Déjame en paz, Bala Perdida! —suplicó Chick, dulcificando su

actitud—. ¡No quiero pecar más!... He encontrado el camino de mi salvación y no quiero abandonarlo.

—¡Ja, ja!—rióse atronadoramente él—. En tu vida dejarás de pecar. ¡Lo llevas en la sangre! Lo que pasa es que a ti te ha gustado el predicador ese, ¿verdad, rica?

Chick hizo un gesto de fastidio.

—¡Déjame, Bala Perdida!—tornó a suplicar—. Voy a llegar tarde al Oficio.

Bala Perdida tornóse serio repentinamente.

—Oyeme, muchacha. ¡Tú eres mía, mía únicamente, y no estoy dispuesto a dejarle en las manos de ese impostor! ¿Te enteras?

—¡Yo lo que te digo es que me sacates!—exclamó ahora con coraje la joven.

Entre los dos entablóse entonces un tenaz forcejeo. Chick pugnaba denodadamente por desasirse de los brazos de él, pero Bala Perdida no cedía. Brutalmente la zarandeó como un muñeco.

Por fin, tras poderosos esfuerzos, consiguió Chick verse libre y corrió a refugiarse en un rincón, junto a la chimenea.

A su lado vió la badila con la que se removía el fuego, y rápidamente se apoderó de ella y la enarboló como arma defensiva.

—¡No te acerques a mí, o te abro la cabeza de un golpe!—amenazó furiosa a Bala Perdida.

—¡Qué miedo!—exclamó él burlescamente; y sin cejar ante la amenaza, trató de perseguirla.

Chick corrió hacia el centro de la estancia, y cuando su perseguidor le daba alcance, revolvióse como una fiera y descargó sobre la cabeza de éste repetidos golpes.

Bala Perdida desplomóse sin sentido, y aun viéndole tendido en el suelo, Chick continuó descargando su ira sobre él.

Luego echóse un chal al cuello y salió corriendo en dirección al lugar en que se celebraba el sagrado oficio del júbileo.



El Jubileo de los negros consiste en una extraña fiesta religiosa que comienza por una predicación infantil, llena de sugestión para las primitivas mentalidades negras, y termina con un alucinante espectáculo amasado con la sensualidad de la raza negra, la hiperestesia de los sentidos y los ritos atávicos de una civilización cavernaria.

Zeke, desde el estrado que se alzaba al fondo de una amplia nave llena a rebosar de fieles, iba desarrollando su pintoresca peroración.

—Hermanos—decía—: Nuestro

peor enemigo es el diablo. El es la causa de todas nuestras desgracias. Si una enfermedad nos aqueja, si nuestra mula se rompe una pata o nuestra mujer se va con otro hombre, no lo dudéis: la culpa es del Diablo Maligno, que mientras tanto se está riendo de nosotros desde un rincón. El es el que nos hace ser malos para procurar la condenación de nuestras almas. Por lo tanto, no permitáis que se os meta dentro del cuerpo, hermanos. Combatidle continuamente. La lucha de nuestras almas ha de ser igual a un "match"

de boxeo, en el cual la victoria será de aquel que sepa colocar más golpes a su adversario y esquivar mejor lo de éste.

El Diablo Maligno ronda por todas partes. Ahora mismo se cierne amenazador sobre nuestras cabezas. ¡Pero yo te incito a que vengas aquí ante mí, Diablo Maligno!—exclamaba retador, Zeke, elevando el tono de voz y encarándose con la atmósfera—. ¡Vamos a luchar tú y yo por las almas de mis creyentes!

El infernal espíritu no debía ser un este que le gustase hacerse rogar, por cuanto inmediatamente de pronunciar su reto, púsose en guardia Ezequiel y comenzó a lanzar al aire tremendos "upper-cuts".

Esquivó de pronto la cabeza.

—¡Hum! ¡Esta vez por poco me da un golpe mortal!—exclamó.

Y dirigiéndose de nuevo a la atmósfera:

—Te ríes, ¿eh? ¡Puedes reírte cuanto quieras, Demonio, que ya irás a acabar tu risa al Infierno! ¡Ahora verás!

Con más ardor acometió Ezequiel ahora a su hipotético enemigo. Sus puñetazos debían ser certeros, por cuanto exclamaba:

—¡Toma! ¡Este golpe es en cas-

tigo a tu maldad, por hacer a los hombres jugadores!... ¡Y este otro es por los bebedores y por los pecadores de la carne que has hecho! Y éste...

Y así continuó martilleando al invisible y malvado Demonio y enumerando las causas por las cuales éste iba recibiendo los golpes.

Al fin, extendiendo los brazos, exclamó jubiloso:

—¡El Diablo ha sido vencido y ha regresado al Infierno! ¡Aleluya!

—¡Estamos santificados... purificados! ¡Aleluya! ¡Aleluya!—bramó la muchedumbre.

Y el regocijo de los fieles por esta victoria del alma sobre el Demonio manifestóse en históricos aullidos y suspiros de placer, en un canto monótono entonado a coro y en una danza litúrgica bailada al compás de éste, danza llena de la sensualidad de la raza.

Los brazos en alto, agitiándose los cuerpos con movimientos sincopados, los fieles iban girando poco a poco en su danza por toda la amplia estancia.

El oficiante también participaba del regocijo de sus feligreses. Confundido con éstos, fué abriéndose

paso entre la muchedumbre hasta donde fulgían como piedras preciosas unos bellos ojos negros que ejercían sobre él el poder atractivo del imán sobre el acero.

¡Los ojos de Chick, misteriosos, inescrutables, tenían el mágico poder de aniquilar la voluntad de Zeke! Sus propósitos confiados horas antes a Missy Rose, habíanse volatilizado en un instante al tropezar la suya con la enigmática y luminosa mirada de la gentil pecadora.

Y ante él fué Zeke siguiendo a aquella mujer en su danza, mirando fascinado las dos abrazadoras gemas negras.

Sus bocas no se hablaban, eran sus miradas las que se lo decían todo: pasión, espiritualidad, lujuria...

La masa humana que llenaba el local los estrujaba y juntaba sus cuerpos.

Zeke, contemplando de cerca aquellos ojos, se creía víctima de una alucinación, y para convencerse de que era realidad y no ilusión de sus sentidos la criatura de hechizo y voluptuosidad que ante sí tenía, extendió hacia ella su mano y se la pasó suavemente por la cara.

Y cuando su diestra, temblorosa al contacto de la piel fina y ener-

vante de Chick, llegó a tocar los labios ardientes y sensuales, sintió el dedo meñique aprisionado por los dientes de ella, que se clavaban en su carne con saña lasciva...

Gimió Zeke de dolor, de un dolor extraño que le producía una grata sensación de voluptuosidad...

Y siguió, siguió a la hechicera en la danza litúrgica y sensual.

Entretanto, alguién había que se inquietaba de no ver a Zeke junto a él: Missy Rose. Missy Rose, que ya antes había descubierto a Chick entre la concurrencia de creyentes, e impaciente ahora buscaba con afán a su amado...

El mar humano continuaba agitando en su movimiento traslativo por la vasta nave.

Chick, arrastrando siempre al profeta con su mirada subyugadora, había ido aproximándose a la puerta de entrada, y al pasar frente a ésta cogió a Zeke por una mano y salieron al exterior.

—¡Chick!—exclamó únicamente Ezequiel.

Ella le enlazó por el cuello y juntó sus labios de fuego con los de él.

Y Ezequiel, totalmente vencido por el hechizo sensual de la muchacha, la tomó en sus brazos y huyó

con ella a través del campo en la oscura noche.

En vano clamó Missy Rose, con el corazón destrozado. Sus llamadas desesperadas se perdían en la serenidad augusta de la noche.

—¡Zeke... Zeke, vuelve! ¡Es tu Missy Rose quien te llama!

Y corría, desolada, de un punto a otro del bosque, repitiendo su llamada infructuosa.

Los pies enredábansele en las raíces de los árboles centenarios que sobresalían de la tierra, y con frecuencia caía de bruces, magullándose lastimosamente, pero el dolor de su alma era tan grande, que le impedía darse cuenta de este otro dolor físico.

Convencida al fin de la inutilidad de sus pesquisas, cayó de hinojos, moralmente vencida, y juntando las manos en súplica al Cielo, exclamó sollozando:

—¡Oh, Zeke: no permitas que el demonio me venza! ¡Deja a esa criatura infernal y vuelve junto a tu Missy!...

La interminable danza del Jubi-

leo proseguía aún. Hasta ella llegaba el sonsonete monorrítmico de los cantos litúrgicos, y en la obscuridad se recortaba como un cuadrilátero de luz, la puerta de la casa en que la religiosa ceremonia se verificaba.

Sacando fuerzas de flaqueza, Missy Rose se incorporó y echó a correr hacia aquella puerta.

Llevaba la angustia y la desolación pintadas en el rostro, y al verla aparecer, los circunstantes le abrieron camino, asustados, hasta donde se hallaba Mammy Johnson.

La muchacha dejóse caer en los brazos de su madre adoptiva, y jadeante y acongojada, exclamó:

—¡El Demonio se llevó a Zeke! ¡Ha desaparecido!...

Las paredes de la estancia se conmovieron con el estruendo de la exclamación de asombro y de terror que salió de los labios de todos los presentes.

Y como espigas vencidas por el huracán, postráronse todos de hinojos e impetraron el divino favor para contrarrestar la horrenda desgracia que para ellos suponía la desaparición del profeta.

* * *

Pasó el tiempo, y unos meses más tarde encontramos al profeta Exequiel en los arrabales de una ciudad, ganándose duramente su sustento y el de su amante empleado como obrero de unos grandes aserraderos de madera.

El trabajo era rudo y aniquilador. Durante ocho horas diarias, Zeke había de permanecer metido en un antro caluroso, desnudo de medio cuerpo, sobre la plataforma movediza de una sierra mecánica, cortando en delgadas lájas gruesos troncos de árboles y soportando el

horrisimo chirriar de los dientes de acero al hacer mella en la madera.

Mas todo lo daba por bien empleado el antiguo ministro de Dios con tal de tener como compensación las caricias de su Chick al terminar la jornada..

Zeke amaba profundamente a su amante, y este mismo amor le hacía a veces sufrir cuando recordaba la vida anterior de Chick, y se preguntaba si ésta le sería fiel.

Muchos atardeceres, al regresar del trabajo, llegaba Zeke taciturno a su casa por este motivo, y cuando

ella, haciéndole salamerías, le preguntaba qué le sucedía, él mirábala fijamente a los ojos, como queriendo escudriñar en ellos la verdad de la vida de su amante.

Pero aquellos ojos divinos y misteriosos nada le descubrían, y las brumas de su espíritu se desvanecían con las caricias y los arrumacos de ella.

Y en verdad Chick habíale sido fiel hasta entonces a Zeke. Pero una tarde...

Una tarde, ante la puerta de su casita de madera, situada en un pequeño barrio obrero del arrabal, cercana a la fábrica en que Zeke trabajaba, se detuvo un ligero cochecillo tirado por un caballo. Lo guiaba un hombre de porte jactancioso que mascaba un cigarro puro.

Un coche por aquellos lugares era cosa poco menos que insólita, y Chick, al oír el ruido de aquél, se asomó a la ventana y dió un grito de asombro: la persona que iba en el carruaje no era otra que Bala Perdida.

—¡Tú!—exclamó.

—Sí, yo—dijo—. No me esperabas, ¿verdad?

—¡Oh, no! Pasa, pasa.

Y Chick abrió la puerta al fulle-

ro, que penetró en la casita como en terreno conquistado.

—¡Ah, nena!—exclamó abriendo los brazos; y ella se precipitó alegremente en ellos.

Bala Perdida la besó furiosamente en los labios.

—¡Oh, qué alegría, Bala Perdida!—dijo ella.

Y era que a pesar de lo ocurrido entre ellos la noche en que Chick huyó con Zeke, no guardábanse el uno al otro ningún rencor.

Bala Perdida reconocía que Chick era una mujercita extraordinaria sin la cual él no podía, por muchos conceptos, vivir. Bella y graciosa como pocas y hábil como ninguna para engatusar incautos que luego caían en sus garras de hombre de presa, Chick resultábale insustituible al tahur, y a éste no le convenía de ningún modo hallarse disgustado con ella.

A Chick, la presencia inopinada de Bala Perdida traíale el recuerdo alegre y tumultuoso de su vida anterior, aquella vida de vicio desordenado que contrastaba grandemente con el recogimiento austero que ahora veíase obligada a llevar al lado de Zeke, y por la cual sentía una malsana nostalgia. Y volunta-

riamente borraba de su mente los malos ratos que a la amistad con Bala Perdida debía, para recordar únicamente lo que de escandalosa alegría tenía su existencia entre la gente de los bajos fondos, cuya representación viva la tenía en estos momentos ante sí en la figura del perdonavidas.

—¿Dónde está el tipo ese, tú?— preguntó previsor Bala Perdida, no más entrar en la casa.

—En el trabajo — respondió Chick—. No te preocupes.

—No, si ya no me preocupo. Todavía ha de nacer el hombre que a mí me dé miedo—alardeó jactanciosamente el matón; y variando el disco, dijo—: A otra cosa, tú. ¿Ya sabes que me ha costado un centido el encontrarte? Creí que os había tragado la tierra.

—Pues ya ves que no. Pero, bueno, ¿por qué ese interés, Bala Perdida?

—¡Vaya una pregunta, mujer! ¿Por qué había de ser sino porque yo no puedo pasar sin ti, hermanita? De sobra lo sabes. ¡He venido aquí por ti, para que nos vayamos juntos a vivir nuestra antigua vida!

—¿Qué dices?—exclamó Chick extrañada.

—No acostumbro repetir mis palabras, pero ahora voy a hacer una excepción en tu honor. He dicho y repito que he venido aquí para salir acompañado de mi nena. ¿Has comprendido ahora?

En lugar de responder a esta pregunta, Chick se sentó sonriente sobre las rodillas de él y le dijo:

—¡Bala Perdida, si tú supieras cómo me aburro aquí encerrada siempre y con ese hombre tan celoso! Pero es una locura querer huir. Nos mataría a los dos.

—Si nos atrapase, sí; pero no si sabemos darle esquinazo.

—De todas maneras... estoy indecisa, Bala Perdida. El es muy bueno para mí y sería muy cruel abandonándole.

—¡Ay, qué gracioso es esto!— replicó Bala Perdida conteniéndose con las manos el vientre mientras reía—. ¿Es decir que te ahurres con ese renegado y cuando te proponen ir a disfrutar de nuevo de la verdadera vida, sientes escrúpulos sentimentales? ¡Vamos, hija, que no pensé hallarte tan cambiada!

—No es eso, Bala Perdida—respondió ella avergonzándose de lo dicho; y para variar de conversa-

ción propuso a su amigo:—
¿Quieres una taza de café?

—Bueno—accedió él.

Preparó Chick la infusión, y entretanto Bala Perdida se despojó de la americana y repantigóse cómodamente en su asiento, echando los pies encima de la mesa del comedor.

Y mientras saboreaba él el café, teniendo a Chick ante sí, fueron conversando, y Bala Perdida consiguió al fin su propósito: Chick se fugaría con él aquella noche.

El plan de huida lo dejaron ya concertado. El la esperaba a unas cuantos metros de la casa, por la parte trasera de ésta, con su carricoche.

La tarde iba ya declinando, y de pronto se oyó, allá a lo lejos, el pitar de una sirena.

—¡Cuidado! Los hombres han salido ya de la fábrica. Sería conveniente te marchases ya —aconsejó a Bala Perdida.

Pero éste permaneció todavía un buen rato sin moverse de su cómoda postura, hasta que unos golpecitos dados en la puerta los sobresaltó.

—¡El! — exclamó alarmada Chick.

Bala Perdida se puso en pie de un salto, y Chick le empujó apresuradamente hacia el interior, recogiendo al mismo tiempo las tazas del café.

—¡Por ahí! —le indicó a Bala Perdida la muchacha, señalándole una ventana, por la cual escapó el truhán.

Luego corrió Chick a abrir la puerta.

—¿Cómo has tardado tanto? —inquirió, con hosco semblante, Zeke.

—¿Tanto? —hizo ella, como extrañada, y añadió—: Estaba tragnando en la alcoba.

Y como viera el gesto sombrío de él le preguntó:

—¿Qué te sucede? ¿Por qué pones esa cara?

—Chick—dijo Zeke secamente— ¿de quién es ese coche que está en la puerta?

—¿Qué coche? —hízose ella de nuevas—. Yo no he visto ningún coche, Zeke. ¿Quieres enseñármelo?

Zeke la llevó a la ventana, abrió ésta y ambos se asomaron al exterior. Ante la puerta no había nada ni nadie.

—¿Ves, tonto? ¿No te he dicho que no había ningún coche? —exclamó ella.

—¡Pues yo te digo que había uno cuando he entrado!

—¡Bah! ¡Tú ves visiones!

—¡Chick!...

—¿Es que dudas de mí?

El no contestó.

—Pues lo parece. ¡Siempre con ese gesto burlesco y esas sospechas! ¡Vaya una manera de tratarme, después de que he dejado mi antigua vida y todos mis amigos por ti!

Altanera se retiró a prepararle la cena.

Zeke, derrengado por el rudo trabajo de la jornada, se dejó caer pesadamente en una silla.

Al fijar la mirada en el suelo, vió ceniza y la colilla de un cigarro, y abatió la cabeza tristemente.

Llegó Chick con la cena y Zeke comenzó a comer desgastadamente. Una honda pena le torturaba.

—Chick, ¿te portas honradamente conmigo?—inquirió de pronto de su amante, apartando de sí las viandas.

—¿No lo sabes tú? ¡Debería darte vergüenza hablarme de ese modo! —respondió ella agriamente.

Pero inmediatamente dulcificó su actitud y, como momentos antes hiciera con Bala Perdida, sentóse

ahora, mimosa, sobre las rodillas del antiguo profeta.

—¿Por qué eres tan celoso, Zeke?—le preguntó—. ¿No te he demostrado durante todo este tiempo que no existe para mí otro hombre que tú?

Rindióse él al hechizo de la mujercita y la rodeó la cintura con los brazos, sin proferir palabra. Sonreía beatíficamente y los ojos se le cerraban de felicidad... y de sueño.

Entonces ella comenzó a arrullarlo como a un niño pequeñito, canturreando entre dientes una canción, y Zeke se fué quedando poco a poco dormido. Sus brazos se aflojaron y pendieron a lo largo de la silla.

Sigilosamente Chick se levantó y fuése andando de puntillas a la pieza vecina y arregló apresuradamente un hatillo de ropa. Luego regresó al comedor y preguntó al dormido:

—Zeke, ¿estás durmiendo, verdad?

La respiración acompasada de Zeke le dió su respuesta; pero aun insistió:

—¿Duermes, Zeke?

Y convencida al fin de que no era fingimiento aquel sueño, cogió

el bulto de ropa que acababa de preparar, se echó a los hombros una capa de seda y abriendo la ventana por la que escapara Bala Perdida, saltó al exterior.

Como si entre sueños hubiese presenciado lo que ocurría despertó Zeke en aquel momento y al no ver a Chick a su lado la llamó angustiosamente:

—¡Chick! Chick!

Se levantó y recorrió las escasas piezas que componían la vivienda sin hallar rastro de ella, y al ver la ventana abierta tuvo la revelación de la verdad de lo ocurrido y se asomó a ella, acertando a distinguir a la traidora en el momento que ganaba el carruaje de Bala Perdida.

—¡Ah, canalla!—murmuró.

Y con rapidez inconcebible cogió una escopeta que había colgada en la pared y la descargó en las tinieblas sobre los fugitivos.

Se oyó un doble grito de espanto y el coche partió veloz en aquel instante. Sus ocupantes habían resultado ilesos, pero el caballo, asustado por la detonación había emprendido carrera, desbocado.

Con agilidad extraordinaria, Zeke saltó afuera y corrió tras el carruaje, disparando su escopeta. Mas

como las municiones se le agotaran rápidamente arrojó el arma a un lado del camino y continuó corriendo, en desigual persecución, en pos de los que huían.

Entretanto el coche había penetrado, en loca carrera, en un bosque frondoso.

El camino era estrecho y el frágil carruaje iba dando inverosímiles tumbos.

Chick gritaba horrorizada, y Bala Perdida, completamente desmoralizado, no conseguía contener al caballo.

De pronto, en un paso difícil, una rueda se desprendió del eje y Chick salió despedida a muchos metros de distancia.

El golpe que recibió fué terrible, y la dejó mal herida.

Aullaba la muchacha de dolor, y sus ayes resonaban lúgubramente en la enorme extensión del bosque.

Bala Perdida, que sólo había resultado con ligeras magulladuras, no osó acudir a socorrerla. Sus gritos le amedrentaban, y el temor de que Zeke pudiera alcanzarle le hizo alejarse de aquel lugar cobardemente y a toda la velocidad que le permitían sus piernas maltrechas.

Zeke, que no había cejado en la

persecución, llegó al lugar de la catástrofe y al estar junto a Chick, la cogió entre sus brazos y le dijo, rechinando los dientes de rencor:

—¡Miserable! ¿No sabes que sería capaz de hacerte pedazos antes que dejarte escapar?

Las palabras de ella conmovieron el corazón de Zeke.

—No me hables así, Zeke—suplicó—. ¡Ya estoy hecha pedazos! Zeke la miró compasivamente.

—¡Estoy arrepentida del mal que te he hecho, Zeke!—habló ella fatigosamente—. ¡Te amo! ¡Tarde lo comprendo, pero así es!...

Luogo, agarrándose convulsivamente a él, exclamó, aterrada:

—¡El diablo viene a buscarme de nuevo! ¡No me abandones ahora, Zeke!

Tuvo él que hacer esfuerzos sobrehumanos para contener las lágrimas.

—¡Soségate, Chick!—le aconsejó—. ¡Tu Zeke no te abandonará nunca!

Las palabras de él fueron como un sedante para el alma torturada de Chick.

Respiraba la muchacha cada vez más trabajosamente. En el silencio infinito del bosque, su estertor resonaba trágicamente.

—¡Ya no te veo, Zeke!...—murmuró apretándole la mano.

—¡Chick! ¡Chick!—gritó Zeke horrorizado.

Pero la inmovilidad de aquellos ojos que habían sido su hechizo, su fascinación, le dijo que ya todo había concluido.



Rápidamente se irguió Zeke, y escrutando con avidez las sombras del bosque, y escuchando los ruidos de éste, echó a andar, abriéndose paso entre la maleza hacia el lugar en que creyó oír crujidos de ramas.

Y al aproximarse a aquel sitio vió cómo la maleza se agitaba, cual si entre ella se moviese una bestia o un ser humano.

Cuando Bala Perdida se dió cuenta de que era perseguido, dió un grito de espanto y apretó el paso, sacando fuerzas de flaqueza.

Y entonces comenzó la tenaz carrera del hombre por el hombre que duró horas enteras a través de la espesura.

Perseguido y perseguidor pasaban entre matorrales que les herían con sus espinas, saltaban obstáculos de troncos y de rocas.

La maleza se espesaba cada vez más oponiendo a los dos hombres una barrera infranqueable.

Bala Perdida creó hallar su salvación al divisar un riachuelo en el que se internó.

Pero Zeke le seguía de cerca la pista, y cada vez iba ganando más terreno.

Hasta que al fin, cayendo ambos una y otra vez, y tomando a levantarse, consiguió Zeke alcanzar a su perseguido.

Bala Perdida, dominado por el

miedo, no usó poner resistencia. Sólo suplicó débilmente:

—¡Favor!

Pero las manos vengadoras de Zeke se ciñeron a su cuello y los dedos se clavaron en la carne del tahir, que pagó con su vida las vidas de Spank y de Chick.

* * *

Algunos años transcurridos en el presidio, permitieron a Zeke saldar su delito, y hallar por fin la paz de su espíritu turbado.

Con su guitarra en las manos y entonando bellas canciones de añoranzas, Zeke fué recorriendo el camino que separaba de la prisión a su casa, haciendo a veces la jornada en el tren, a veces en la trasera de algún carro algodónero o a pie, cruzando bosques y plantaciones.

Era la época de la recolección y la familia Johnson hallábanse en su pequeña plantación.

Al regresar a casa, una canción, entonada por una voz de todos muy querida, les sorprendió.

—¡Zeke! — exclamaron todos, y corrieron hacia el libertado, que acababa de aparecer en el camino.

La alegría de aquellos seres al

recuperar a aquel ser amado, fué indescriptible.

Y en triunfo lo condujeron hasta el hogar tantas veces añorado por Zeke en la prisión.

De entre todas las personas de aquella familia, había una que tenía lágrimas en los ojos y bajaba la cabeza ruborizada.

Zeke la cogió por los brazos y con humildad la preguntó:

—Missy Rose, ¿podrás perdonar a tu Zeke?

La joven no dijo nada. Solamente refugió su cabeza en el ancho pecho de Zeke.

La voz de Mammy se dejó oír alegremente junto a ellos.

—¡Hijo mío! — decía—. Tenemos pollo para comer. Parece como si Dios me hubiera avisado tu regreso.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

III

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

III

BARCELONA: Barbadá, 16; MADRID: Caños, 1

III

COLECCIONE USTED

los famosos libros de las ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Scrogoff a El Carreo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 11.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantia, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia.—Zana.—¡Adiós, juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Cassanova.—Hotel Imperial.—La vieja Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vendedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano.—La Tierra de todos.—Trípoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Mulacara.—El Capitán Barrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenin.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Ballarina de la Opera.—Ben Ali.—Los Cuatro Diablos.—¡Ris, payaso, ris!—Yolga, Yolga.—La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!—La ruta de Singapur.—La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cuacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El Pagano de Tahiti.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La sonda del yá.—Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La Máscara del Diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La peradora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Cerro.—Las dos huérfanas.—La Carcelón de la Estepa.—El precio de un beso.—La rapadía del recuerdo.—Delikatessen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de Infantería.—Olimpia.—Monsieur Sans Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor.—Molly (La gran parada).—El valiente.—¡Lo frente... marchen! Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charco.—Tempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos.—La incorregible.—El majo.—El pavo real.—Bajo los techos de París.—Wu-li-Chang.—Montecarlo.—Camino del infierno.—¡Mío será!

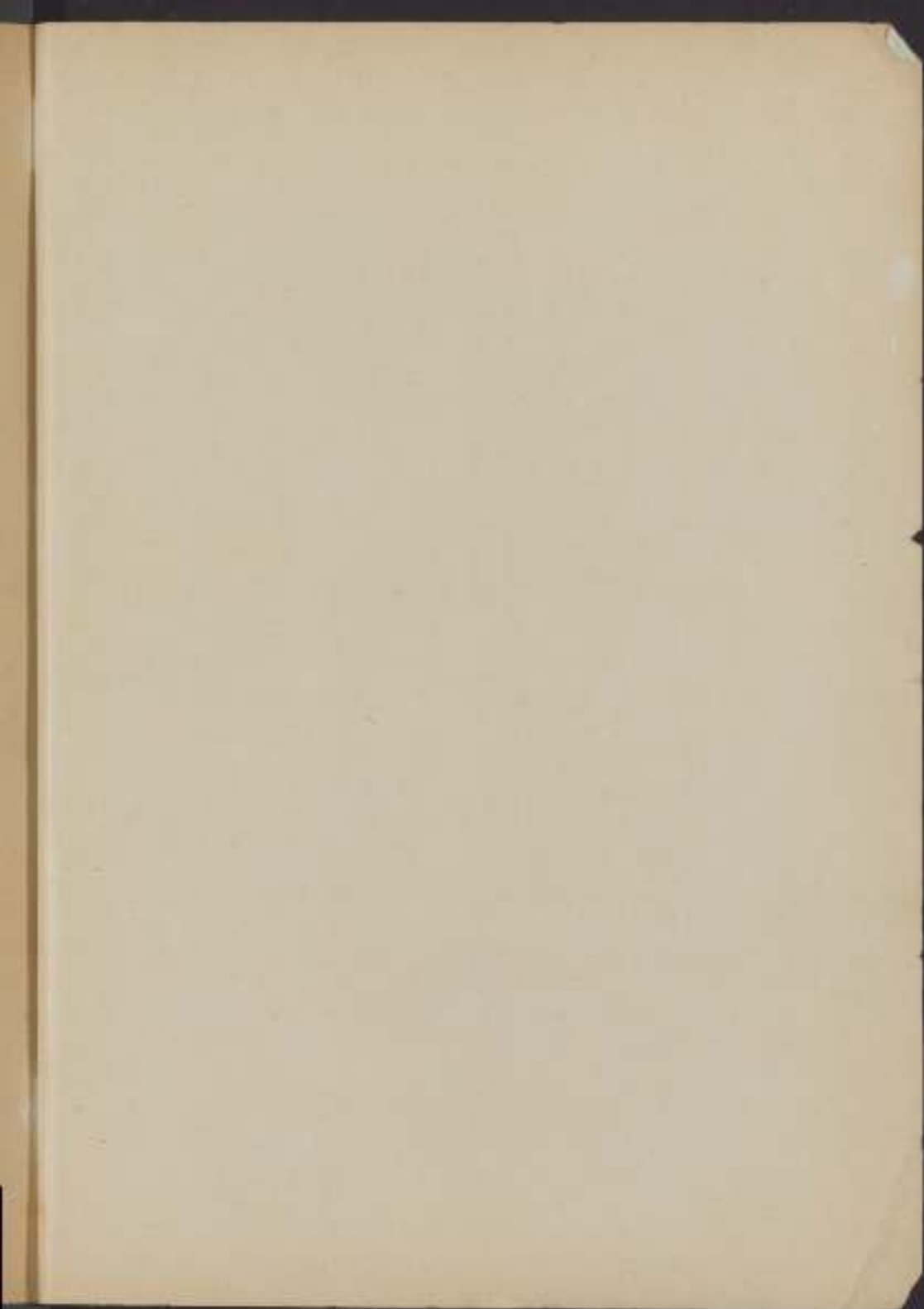
que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximos números:

LA MUJER QUE AMAMOS

y

AL COMPÁS DE 3/4





Precio: UNA peseta